Fábulas, Tomo I

Felix M. Samaniego (1745-1801)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



Fábulas, Tomo I

Felix M. Samaniego (1745-1801)

Fábulas en verso castellano para el uso del Real Seminario Vascongado

Duplex Libelli dos est: quod risum movet Et quod prodenti vitam consilio monet.

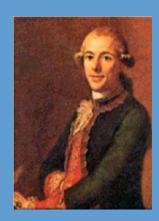
(Phedro, Fáb., pról. lib. 1)

Prólogo

Muchos son los sabios, de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de fabulistas; pero muy pocos los que han hecho está carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del arduo empeño de meterme a contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permítáme el público protestar con sinceridad en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi elección. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida a una persona, en quien respeto unidas las calidades de tío, maestro y jefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educación como a basa en que estriba la felicidad púbica, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar a los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce a su instrucción; y siendo, por decirlo así, el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la fábula, me destinó a poner una colección de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, según deseó Platónl a lo menos antes de llegar a estado de poder entender el latín.

1. Samaniego toma esta idea, como otras de su Prólogo, del *Préface* de La Fonntaine a sus fábulas. *Vid.* ed. cit., págs. 5 y ss.



Felix María Samaniego (1745-1801) estudió en Valladolid y viajó a Francia, cuya influencia se advierte en la única obra por la que lo conocemos: las fábulas morales, 157 fábulas distribuidas en 9 libros, escritas por los alumnos del seminario de Vergara. Samaniego ridiculiza los defectos humanos en sus fábulas, imitando a los grandes fabulistas Fedro, Esopo y La Fontaine.

- Más fábulas de Samaniego
- Más obras de la Ilustración Española

Desde luego di principio a mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando los leían y estudiaban a porfia con indecible placer y facilidad, mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traducción, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendación de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo este su ambiciosa condición, desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y aún si es posible, entre los doctos; pero a la verdad, esto no es tan fácil. Las espinas, que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son, en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán estos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecución de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Después de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña librería de fabulistas; examiné, comparé y elegí para mis modelos, entre todos ellos, después de Esopo, a Fedro y Lafontaine; no tardé en hallar mi desengaño. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarlo a los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida a este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar a ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que a esta le faltan para igualar a la latina en concisión y energía? Este conocimiento, en que me aseguró más y más la práctica, me obligó a separarme de Fedro.

Empecé a aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra y la Hormiga, El Cuervo y el Zorro,* y alguna otra); pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar a mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narración.

No obstante, en el estudio que hice de este autor hallé, no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano², Esopo y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse a seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo a asegurar que apenas tuvo presente otro precepto en la narración, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano: por mucho gracejo que se dé a la narración, nunca será demasiado³.

Con las dificultades que toqué al seguir en la formación de mi obrita a estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví a escribir, tomando en cerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad a mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aun en el variar rara vez algún tanto, ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo o mudando alguna cosa, que, sin tocar el cuerpo principal del apólogo, contribuya a darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, según mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga a cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra versión, vendrá a parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas est licencias o pecados

² Poeta gnómico árabe, legendario, mencionado en el Corán, autor de cuarenta y una fábulas extraídas de Esopo, y publicadas con una traducción latina por el orientalista holandés Thomas von Erpen en 1614.

³ Citado por La Fontaine, ed. cit., pág. 7. Se trata de *De institutione oratoria* libro N, 2, 116.

contra las leyes de la fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad, ta qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, según mi entender, a la comprensión de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo, no sólo humilde, sino aun bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndolo incomprensible a los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo, en esta parte desconfío conseguir mi fin. Un autor moderno, en su Tratado de educación4, dice que en toda la colección de Lafontaine no conoce sino cinco o seis fábulas en que brilla con eminencia la sencillez pueril, y aun haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados a la inteligencia de los niños. Esta crítica ha sido para mí una lección. Confesaré sinceramente que no he acertado a aprovecharme de ella, si en mi colección no se halla más de la mitad de fábulas que en la claridad - y sencillez del estilo no pueda apostárselas a la prosa más trivial. Éste me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar a los muchachos; pero ¿.quién tendrá bastante filosofía para acertar a ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados a que llega la comprensión de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad: no es esencial a la fábula, como no lo es al epigrama y a la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexión de uno a otro como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone a la varia armonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atención. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos adquirirán, con la repetición de ellos, alguna facilidad en hacerlos arreglados a las diversas medidas a que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados o de siete sílabas, pero me he acomodado a preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicación de la sentencia, o queda confuso y como estrujado el pensamiento, o demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusión, puede perdonárseme bastante por haber sido el primero en la nación que ha abierto el paso a esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido a bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas a cultivar éste y otros importantes ramos de instrucción y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del divino Haydn, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

⁴Se trata de Jean Jacques Rousseau, en *Émile ou de l'éducation,* libro II.

1

LIBRO PRIMERO

FÁBULA PRIMERA - El asno y el cochino

A los caballeros alumnos del Real Seminario Patriótico Vascongado

Oh jóvenes amables, Que en vuestros tiernos años Al templo de Minerva Dirigís vuestros pasos, Seguid, seguid la senda En que marcháis, guiados, A la luz de las ciencias, Por profesores sabios. Aunque el camino sea, Ya difícil, ya largo, Lo allana y facilita El tiempo y el trabajo. Rompiendo el duro suelo, Con la esteva agobiado, El labrador sus bueyes Guía con paso tardo; Mas al fin llega a verse, En medio del verano, De doradas espigas, Como Ceres, rodeado. A mayores tareas, A más graves cuidados Es mayor y más dulce El premio y el descanso. Tras penosas fatigas, La labradora mano ¡Con qué gusto recoge Los racimos de Baco! Ea, jóvenes, ea, Seguid, seguid marchando Al templo de Minerva, A recibir el lauro. Mas yo sé, caballeros, Que un joven entre tantos Responderá a mis voces: No puedo, que me canso.

Descansa enhorabuena;

¿Digo yo lo contrario? Tan lejos estoy de eso, Que en estos versos trato De daros un asunto Que instruya deleitando, Los perros y los lobos, Los ratones y gatos, Las zorras y las monas, Los ciervos y caballos Os han de hablar en verso, Pero con juicio tanto, Que sus máximas sean Los consejos más sanos. Deleitaos en ello, Y con este descanso, A las serias tareas Volved más alentados. Ea, jóvenes, ea. Seguid, seguid marchando Al templo de Minerva, A recibir el lauro. Pero ¡qué! ¿os detiene El ocio y el regalo? Pues escuchad a Esopo, Mis jóvenes amados:

Envidiando la suerte del Cochinos, Un Asno maldecía su destino. «Yo, decía, trabajo y como paja; Él come harina, berza, y no trabaja: A mí me dan de palos cada día; A él le rascan y halagan a porfia.» Así se lamentaba de su suerte; Pero luego que advierte Que a la pocilga alguna gente avanza En guisa de matanza, Armada de cuchillo y de caldera, Y que con maña fiera Dan al gordo Cochino fin sangriento, Dijo entre sí el jumento: «Si en esto para el ocio y los regalos, Al trabajo me atengo y a los palos.»

6

FÁBULA II - La cigarra y la hormiga

Cantando la Cigarra Pasó el verano entero, Sin hacer provisiones Allá para el invierno; Los fríos la obligaron A guardar el silencio Y a acogerse al abrigo De su estrecho aposento. Viose desproveída Del preciso sustento: Sin mosca, sin gusano, Sin trigo, sin centeno. Habitaba la Hormiga Allí tabique en medio, Y con mil expresiones De atención y respeto La dijo: «Doña Hormiga, Pues que en vuestro granero Sobran las provisiones Para vuestro alimento, Prestad alguna cosa Con que viva este invierno Esta triste Cigarra, Que alegre en otro tiempo, Nunca conoció el daño, Nunca supo temerlo. No dudéis en prestarme; Que fielmente prometo Pagaros con ganancias, Por el nombre que tengo.» La codiciosa Hormiga Respondió con denuedo, Ocultando a la espalda Las llaves del granero: «¡Yo prestar lo que gano Con un trabajo inmenso! Dime, pues, holgazana, ¿Qué has hecho en el buen tiempo?» «Yo, dijo la Cigarra, A todo pasajero Cantaba alegremente, Sin cesar ni un momento.» «¡Hola! ¿con que cantabas Cuando yo andaba al remo?

Pues ahora, que yo como, Baila, pese a tu cuerpo.»

FÁBULA III - El muchacho y la fortuna

A la orilla de un pozo, Sobre la fresca yerba, Un incauto Mancebo Dormía a pierna suelta. Gritóle la Fortuna: «Insensato, despierta; ¿No ves que ahogarte puedes, A poco que te muevas? Por ti y otros canallas A veces me motejan, Los unos de inconstante, Y los otros de adversa. Reveses de Fortuna Llamáis a las miserias; ¿Por qué, si son reveses De la conducta necia?»

FÁBULA IV - La codorniz

Presa en estrecho lazo La Codorniz sencilla, Daba quejas al aire, Ya tarde arrepentida. «¡Ay de mí miserable Infeliz avecilla, Que antes cantaba libre, Y ya Iloro cautiva! Perdí mi nido amado, Perdí en él mis delicias, Al fin perdilo todo, Pues que perdí la vida. ¿Por qué desgracia tanta? ¿Por qué tanta desdicha? ¡Por un grano de trigo! ¡Oh cara golosina!»» El apetito ciego ¡A cuántos precipita, Que por lograr un nada, Un todo sacrifican!

8

FÁBULA V - El águila y el escarabajo

«Que me matan; favor»: así clamaba Una liebre infeliz, que se miraba En las garras de una Águila sangrienta. A las voces, según Esopo cuenta, Acudió un compasivo Escarabajo; Y viendo a la cuitada en tal trabajo, Por libertarla de tan cruda muerte, Lleno de horror, exclama de esta suerte: «¡Oh reina de las aves escogida! ¿Por qué quitas la vida A este pobre animal, manso y cobarde? ¿No sería mejor hacer alarde De devorar a dañadoras fieras, O ya que resistencia hallar no quieras, Cebar tus uñas y tu corvo pico En el frío cadáver de un borrico?» Cuando el Escarabajo así decía, La Águila con desprecio se reía, Y sin usar de más atenta frase, Mata, trincha, devora, pilla y vase. El pequeño animal así burlado Quiere verse vengado. En la ocasión primera Vuela al nido del Águila altanera, Halla solos los huevos, y arrastrando, Uno por uno fuelos despeñando; Mas como nada alcanza A dejar satisfecha una venganza, Cuantos huevos ponía en adelante Se los hizo tortilla en el instante. La reina de las aves sin consuelo, Remontaba su vuelo, A Júpiter excelso humilde llega, Expone su dolor, pídele, ruega Remedie tanto mal; el dios propicio, Por un incomparable beneficio, En su regazo hizo que pusiese El Águila sus huevos, y se fuese; Que a la vuelta, colmada de consuelos, Encontraría hermosos sus polluelos. Supo el Escarabajo el caso todo: Astuto e ingenioso hace de modo Que una bola fabrica diestramente De la materia en que continuamente Trabajando se halla,

Cuyo nombre se sabe, aunque se calla, Y que, según yo pienso, Para los dioses no es muy buen incienso. Carga con ella, vuela, y atrevido Pone su bola en el sagrado nido. Júpiter, que se vio con tal basura, Al punto sacudió su vestidura, Haciendo, al arrojar la albondiguilla, Con la bola y los huevos su tortilla. Del trágico suceso noticiosa, Arrepentida el Águila y llorosa Aprendió esa lección a mucho precio: A nadie se le trate con desprecio, Como al Escarabajo, Porque al más miserable, vil y bajo, Para tomar venganza, si se irrita, ¿Le faltará siquiera una bolita?

FÁBULA VI - El león vencido por el hombre

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que valiente
Un Hombre tan solamente
A un horrible León venció.
Otro león, que el cuadro vio,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: «Bien se deja ver
Que es pintar como querer,
Y no fue león el pintor.»

FÁBULA VII - La zorra y el busto

Dijo la Zorra al Busto, Después de olerlo: «Tu cabeza es hermosa, Pero sin seso»

Como éste hay muchos, Que aunque parecen hombres, Sólo son bustos.

10

FÁBULA VIII - El ratón de la corte y el del campo

Un Ratón cortesano Convidó con un modo muy urbano A un Ratón campesino. Diole gordo tocino, Queso fresco de Holanda, Y una despensa llena de vianda Era su alojamiento, Pues no pudiera haber un aposento Tan magnificamente preparado, Aunque fuese en Ratópolis buscado Con el mayor esmero, Para alojar a Roepan primero. Sus sentidos allí se recreaban; Las paredes y techos adornaban, Entre mil ratonescas golosinas, Salchichones, perniles y cecinas. Saltaban de placer, joh qué embeleso! De pernil en pernil, de queso en queso. En esta situación tan lisonjera Llega la Despensera. Oyen el ruido, corren, se agazapan, Pierden el tino, mas al fin se escapan Atropelladamente Por cierto pasadizo abierto a diente. «¡Esto tenemos! dijo el campesino; Reniego yo del queso, del tocino Y de quien busca gustos Entre los sobresaltos y los sustos» Volvióse a su campaña en el instante Y estimó mucho más de allí adelante, Sin zozobra, temor ni pesadumbres, Su casita de tierra y sus legumbres.

FÁBULA IX - El herrero y el perro

Un Herrero tenía
Un Perro que no hacía
Sino comer, dormir y estarse echado;
De la casa jamás tuvo cuidado;
Levantábase sólo a mesa puesta;
Entonces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,

Mostrando de cariño mil excesos Por pillar las piltrafas y los huesos. «He llegado a notar, le dijo el amo, Que aunque nunca te llamo A la mesa, te llegas prontamente; En la fragua jamás te vi presente, Y yo me maravillo De que, no despertándote el martillo, Te desveles al ruido de mis dientes. Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes Que el amo, hecho un gañán y sin reposo, Te mantiene a lo conde muy ocioso.» El Perro le responde: ¿Qué más tiene que yo cualquiera conde? Para no trabajar debo al destino Haber nacido perro, no pollino.» «Pues, señor conde, fuera de mi casa; Verás en las demás lo que te pasa.» En efecto salió a probar fortuna, Y las casas anduvo de una en una. Allí le hacen servir de centinela Y que pase la noche toda en vela, Acá de lazarillo y de danzante, Allá dentro de un torno, a cada instante, Asa la carne que comer no espera. Al cabo conoció de esta manera Que el destino, y no es cuento, A todos nos cargó como al jumento.

FÁBULA X - La zorra y la cigüeñal

Una Zorra se empeña
En dar una comida a una Cigüeña;
La convidó con tales expresiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
Pero encontró en la mesa solamente
jigote claro sobre chata fuente.
En vano a la comida picoteaba,
Pues era para el guiso que miraba
Inútil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua y el hocico
Limpió tan bien su fuente, que pudiera
Servir de fregatriz si a Holanda fuera.
Mas de allí a poco tiempo, convidada

Una redoma de jigote llena;
Allí fue su aflicción, allí su pena;
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hidrópica redoma,
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la Cigueña fuese hecho.
Envidiosa de ver que a conveniencia
Chupaba la del pico a su presencia,
Vuelve, tienta, discurre,
Huele, se desatina, en fin se aburre;
Marchó rabo entre piernas, tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
De decir: Están verdes, como antaño.

De la Cigüeña, halla preparada

También hay para pícaros engaño.

FÁBULA XI - Las moscas

A un panal de rica miel Dos mil Moscas acudieron, Que por golosas murieron, Presas de patas en él. Otra dentro de un pastel Enterró su golosina. Así si bien se examina Los humanos corazones Perecen en las prisiones Del vicio que los domina.

FÁBULA XII - El leopardo y las monas

No a pares, a docenas encontraba Las Monas en Tetuán, cuando cazaba, Un Leopardo; apenas lo veían, A los árboles todas se subían, Quedando del contrario tan seguras, Que pudiera decir: No están maduras. El cazador, astuto, se hace el muerto Tan vivamente, que parece cierto. Hasta las viejas Monas, Alegres en el caso y juguetonas, Empiezan a saltar; la más osada

Baja, arrímase al muerto de callada, Mira, huele y aun tienta, Y grita muy contenta: «Llegad, que muerto está de todo punto, Tanto, que empieza a oler el tal difunto.» Bajan todas con bulla y algazara: Ya le tocan la cara. Ya le saltan encima, Aquélla se le arrima, Y haciendo mimos, a su lado queda; Otra se finge muerta y lo remeda. Mas luego que las siente fatigadas De correr, de saltar y hacer monadas, Levántase ligero, Y más que nunca fiero, Pilla, mata, devora, de manera Que parecía la sangrienta fiera, Cubriendo con los muertos la campaña, Al Cid matando moros en España.

Es el peor enemigo el que aparenta No poder causar daño; porque intenta Inspirando confianza, Asegurar su golpe de venganza.

FÁBULA XIII - El ciervo en la fuente

Un Ciervo se miraba En una hermosa cristalina Fuente; Placentero admiraba Los enramados cuernos de su frente, Pero al ver sus delgadas, largas piernas, Al alto cielo daba quejas tiernas. «¡Oh dioses! ¿A qué intento, A esta fábrica hermosa de cabeza Construir su cimiento Sin guardar proporción en la belleza? ¡Oh qué pesar! ¡Oh qué dolor profundo! ¡No haber gloria cumplida en este mundo!» Hablando de esta suerte El Ciervo, vio venir a un lebrel fiero. Por evitar su muerte, Parte al espeso bosque muy ligero; Pero el cuerno retarda su salida, Con una y otra rama entretejida. Mas libre del apuro A duras penas, dijo con espanto:

Pese a mis cuernos, fue por correr tanto; Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos, Haga mis feos pies el cielo eternos:»

«Si me veo seguro,

Así frecuentemente El hombre se deslumbra con lo hermoso; Elige lo aparente, Abrazando tal vez lo más dañoso; Pero escarmiente ahora en tal cabeza. El útil bien es la mejor belleza.

FÁBULA XIV - El león y la zorra

Un León en otro tiempo poderoso, Ya viejo y achacoso, En vano perseguía, hambriento y fiero, Al mamón Becerrillo y al Cordero, Que trepando por la áspera montaña, Huían libremente de su saña. Afligido de la hambre a par de muerte, Discurrió su remedio de esta suerte: Hace correr la voz de que se hallaba Enfermo en su palacio, y deseaba Ser de los animales visitado. Acudieron algunos de contado; Mas como el grave mal que lo postraba Era un hambre voraz, tan sólo usaba La receta exquisita De engullirse al *monsieur* de la visita. Acércase la Zorra de callada, Y a la puerta asomada, Atisba muy despacio La entrada de aquel cóncavo palacio. El León la divisó, y en el momento La dice: «Ven acá; pues que me siento En el último instante de mi vida, Visítame como otros, mi querida.» «¡Como otros! ¡Ah señor! he conocido Que entraron, sí, pero no han salido. Mirad, mirad la huella, Bien claro lo dice ella: Y no es bien el entrar do no se sale.» La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV - La cierva y el cervato

A una Cierva decía Su tierno Cervatillo: «Madre mía, ¡Es posible que un perro solamente Al bosque te haga huir cobardemente, Siendo él mucho menor, menos pujante! ¿Por qué no has de ser tú más arrogante?» «Todo es cierto, hijo mío; Y cuando así lo pienso, desafío A mis solas a veinte perros juntos. Figúrome luchando, y que difuntos Dejo a los unos; que otros, falleciendo, Pisándose las tripas, van huyendo En vano de la muerte, Y a todos venzo de gallarda suerte; Mas si embebida en este pensamiento, A un perro ladrar siento, Escapo más ligera que un venablo, Y mi victoria se la lleva el diablo.»

A quien no sea de ánimo esforzado No armarlo de soldado, Pues por más que, al mirarse la armadura, Piense, en tiempo de paz, que su bravura Herirá, matará cuanto acometa, En oyendo en campaña la trompeta, Hará lo que la Corza de la historia, Mas que el diablo se lleve la victoria.

FÁBULA XVI - El labrador y la cigüeña

Un Labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solían hacer pasto.
Armó sin más tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las grullas y los gansos.
«Señor rústico, dijo
La Cigüeña temblando,
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados;

La diosa Ceres sabe
Que, lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y víboras los campos.»
«Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.»

La inocente Cigüeña Tuvo el fin desgraciado, Que pueden prometerse Los buenos que se juntan con los malos.

FÁBULA XVII - La serpiente y la lima

En casa de un cerrajero
Entró la Serpiente un día,
Y la insensata mordía
En una Lima de acero.
Díjole la Lima: «El mal,
Necia, será para ti;
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?»

Quien pretende sin razón Al más fuerte derribar No consigue sino dar Coces contra el aguijón.

FÁBULA XVIII - El calvo y la mosca

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un Anciano
Una Mosca insolente.
Quiso matarla, levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuese salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La Mosca prorrumpió: «Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas a tu brazo,

Bárbaro ejecutor de tal porrazo?»
«Al que obra con malicia,
Le respondió el varón prudentemente,
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
Sabe, Mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condición humana,
Según la mano de donde ha venido»;

Que el grado de la ofensa tanto asciende Cuanto sea más vil aquel que ofende.

FÁBULA XIX - Los dos amigos y el oso

A dos Amigos se aparece un Oso: El uno, muy medroso, En las ramas de un árbol se asegura; El otro, abandonado a la ventura, Se finge muerto repentinamente. El Oso se le acerca lentamente; Mas como este animal, según se cuenta, De cadáveres nunca se alimenta, Sin ofenderlo lo registra y toca, Huélele las narices y la boca; No le siente el aliento, Ni el menor movimiento; Y así, se fue diciendo sin recelo: «Este tan muerto está como mi abuelo.» Entonces el cobarde, De su grande amistad haciendo alarde, Del árbol se desprende muy ligero, Corre, llega y abraza al compañero, Pondera la fortuna De haberle hallado sin lesión alguna, Y al fin le dice: «Sepas que he notado Que el Oso te decía algún recado. ¿Qué pudo ser?» «Diréte lo que ha sido; Estas dos palabritas al oído: Aparta tu amistad de la persona Que si te ve en el riesgo, te abandona.»

FÁBULA XX - La águila, la gata y la jabalina

Una Águila anidó sobre una encina. Al pie criaba cierta Jabalina, Y era un hueco del tronco corpulento De una Gata y sus crías aposento. Esta gran marrullera Sube al nido del Águila altanera, Y con fingidas lágrimas la dice: «¡Ay mísera de mí! ¡ay infelice! Este si que es trabajo: La vecina que habita el cuarto bajo, Como tú misma ves, el día pasa Hozando los cimientos de la casa. La amainará, y en viendo la traidora Por tierra a nuestros hijos, los devora.» Después que dejó al Águila asustada, A la cueva se baja de callada, Y dice a la cerdosa: «Buena amiga, Has de saber que la Águila enemiga, Cuando sagues tus crías hacia el monte, Las ha de devorar; así disponte.» La Gata, aparentando que temía, Se retiró a su cuarto, y no salía Sino de noche, que con maña astuta Abastecía su pequeña gruta. La Jabalina, con tan triste nueva, No salió de su cueva. La Águila, en el ramaje temerosa Haciendo centinela, no reposa. En fin, a ambas familias la hambre mata, Y de ellas hizo víveres la Gata.

Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado; Que un chismoso en amigo disfrazado Con copa de amistad cubre sus trazas, Y así causan el mal sus añagazas.

LIBRO SEGUNDO

FÁBULA PRIMERA - El león con su ejército

A Don Javier María de Munive e Maquez, conde de Peñaflorida, director perpetuo de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País

Mientras que con la espada en mar y tierra Los ilustres varones Engrandecen su fama por la guerra, Sojuzgando naciones, Tú, Conde, con la pluma y el arado, Ya enriqueces la patria, ya la instruyes, Y haciendo venturosos has ganado El bien que buscas y el laurel que huyes. Con darte todo al bien de los humanos No contento tu celo, Supo unir a los nobles ciudadanos Para felicidad del patrio suelo. La hormiga codiciosa Trabaja en sociedad fructuosamente, Y la abeja oficiosa Labra siempre ayudada de su gente. Así unes a los hombres laboriosos Para hacer sus trabajos más fructuosos. Aquél viaja observando Por las naciones cultas; Éste con experiencias va mostrando Las útiles verdades más ocultas. Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias; Y de diversos modos, Juntando estudios, viajes y experiencias, Resulta el bien en que trabajan todos. ¡En que trabajan todos! Ya lo dije, Por más que yo también sea contado. El sabio Presidente que nos rige Tiene aun al más inútil ocupado. Darme, Conde, querías un destino, Al contemplarme ocioso e ignorante. Era difícil; mas al fin tu tino Encontró un genio en mí versificante. A Fedro y Lafontaine por modelos Me pusiste a la vista,

20

Y hallaron tus desvelos Que pudiera ensayarme a fabulista. Y pues viene al intento, Pasemos al ensayo: va de cuento.

El León, rey de los bosques poderoso, Quiso armar un ejército famoso. Juntó sus animales al instante: Empezó por cargar al elefante Un castillo con útiles, y encima Rabiosos lobos, que pusiesen grima. Al oso le encargó de los asaltos; Al mono con sus gestos y sus saltos Mandó que al enemigo entretuviese; A la Zorra que diese Ingeniosos ardides al intento. Uno gritó: «La liebre y el jumento. Éste por tardo, aquélla por medrosa, De estorbo servirán, no de otra cosa.» «¿De estorbo? dijo el Rey; yo no lo creo. En la liebre tendremos un correo, Y en el asno mis tropas un trompeta.» Así quedó la armada bien completa.

Tu retrato es el León, Conde prudente, Y si a tu imitación, según deseo, Examinan los jefes a su gente, A todos han de dar útil empleo. ¿Por qué no lo han de hacer? ¿Habrá cucaña Como no hallar ociosos en España?.

FÁBULA II - La lechera

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo a todo el que lo advierte
«¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!»
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento,
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decía entre sí de esta manera:

«Esta leche vendida, En limpio me dará tanto dinero, Y con esta partida Un canasto de huevos comprar quiero, Para sacar cien pollos, que al estío Me rodeen cantando el pío, pío. Del importe logrado De tanto pollo mercaré un cochino; Con bellota, salvado, Berza, castaña engordará sin tino, Tanto, que puede ser que yo consiga Ver cómo se le arrastra la barriga. Llevarélo al mercado, Sacaré de él sin duda buen dinero; Compraré de contado Una robusta vaca y un temero, Que salte y corra toda la campaña, Hasta el monte cercano a la cabaña.» Con este pensamiento Enajenada, brinca de manera, Que a su salto violento El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera! ¡Qué compasión! Adiós leche, dinero, Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero. ¡Oh loca fantasía! ¡Qué palacios fabricas en el viento! Modera tu alegría No sea que saltando de contento, Al contemplar dichosa tu mudanza, Quiebre su cantando la esperanza. No seas ambiciosa De mejor o más próspera fortuna, Que vivirás ansiosa Sin que pueda saciarte cosa alguna. No anheles impaciente el bien futuro; Mira que ni el presente está seguro.

FÁBULA III - El asno sesudo

Cierto Burro pacía En la fresca y hermosa pradería Con tanta paz como si aquella tierra No fuese entonces teatro de la guerra. Su dueño, que con miedo lo guardaba, De centinela en la ribera estaba.

Divisa al enemigo en la llanura, Baja, y al buen Borrico le conjura Que huya precipitado. El Asno, muy sesudo y reposado, Empieza a andar a paso perezoso. Impaciente su dueño y temeroso Con el marcial ruido De bélicas trompetas al oído, Le exhorta con fervor a la carrera. «¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera; Que llegue en hora buena Marte fiero; Me rindo, y él me lleva prisionero. ¿Servir aquí o allí no es todo uno? ¿Me pondrán dos albardas? No, ninguno. Pues nada pierdo, nada me acobarda; Siempre seré un esclavo con albarda.» No estuvo más en sí ni más entero Que el buen Pollino Amiclas el Barquero, Cuando en su humilde choza le despierta César, con sus soldados a la puerta, Para que a la Calabria los guiase. ¿Se podría encontrar quien no temblase Entre los poderosos De insultos militares horrorosos De la guerra enemiga? No hay sino la pobreza que consiga Esta gran exención: de aquí le viene.

Nada teme perder quien nada tiene.

FÁBULA IV - El zagal y las ovejas

Apacentando un joven su ganado, Gritó desde la cima de un collado: «¡Favor! que viene el lobo, labradores.» Éstos, abandonando sus labores, Acuden prontamente, Y hallan que es una chanza solamente. Vuelve a clamar, y temen la desgracia; Segunda vez los burla. ¡Linda gracia! Pero ¿qué sucedió la vez tercera? Que vino en realidad la hambrienta fiera. Entonces el Zagal se desgañita, Y por más que patea, llora y grita, No se mueve la gente escarmentada,

Y el lobo le devora la manada.

¡Cuántas veces resulta de un engaño, Contra el engañador el mayor daño!

FÁBULA V - La águila, la corneja y la tortuga

A una Tortuga una Águila arrebata; La ladrona se apura y desbarata Por hacerla pedazos, Ya que no con la garra, a picotazos. Viéndola una Corneja en tal, faena, La dice: «En vano tomas tanta pena: ¿No ves que es la Tortuga, cuya casa Diente, cuerno ni pico la traspasa, Y si siente que llaman a su puerta, Se finge la dormida, sorda o muerta?» «Pues ¿qué he de hacer?» «Remontarás tu vuelo, Y en mirándote allá cerca del cielo La dejarás caer sobre un peñasco, Y se hará una tortilla el duro casco.» La Águila, porque diestra lo ejecuta, Y la Comeja astuta, Por autora de aquella maravilla, juntamente comieron la tortilla.

¿Qué podrá resistirse a un poderoso Guiado de un consejo malicioso? De estos tales se aparta el que es prudente; Y así por escaparse de esta gente Las descendientes de la tal Tortuga A cuevas ignoradas hacen fuga.

FÁBULA VI - El lobo y la cigüeña

Sin duda alguna que se hubiera ahogado Un Lobo con un hueso atragantado, Si a la sazón no pasa una Cigüeña. El paciente la ve, hácela seña; Llega, y ejecutiva, Con su pico, jeringa primitiva, Cual diestro cirujano, Hizo la operación y quedó sano.

Su salario pedía,
Pero el ingrato Lobo respondía:
«<Tu salario? Pues ¿qué más recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?»
Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir tus ni mus, la susodicha.

Haz bien, dice el proverbio castellano, Y no sepas a quién; pero es muy llano Que no tiene razón ni por asomo: Es menester saber a quién y cómo. El ejemplo siguiente Nos hará esta verdad más evidente.

FÁBULA VII - El hombre y la culebra

A una Culebra que, de frío yerta, En el suelo yacía medio muerta Un labrador cogió; mas fue tan bueno, Que incautamente la abrigó en su seno. Apenas revivió, cuando la ingrata A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII - El pájaro herido de una flecha

Un Pájaro inocente, Herido de una flecha Guarnecida de acero Y de plumas ligeras, Decía en su lenguaje Con amargas querellas: «¡Oh crueles humanos! Más crueles que fieras, Con nuestras propias alas, Que la naturaleza Nos dio, sin otras armas Para propia defensa, Forjáis el instrumento De la desdicha nuestra, Haciendo que inocentes Prestemos la materia.

Pero no, no es extraño Que así bárbaros sean Aquellos que en su ruina Trabajan, y no cesan. Los unos y otros fraguan Armas para la guerra, Y es dar contra sus vidas Plumas para las flechas.»

FÁBULA IX - El pescador y el pez

Recoge un Pescador su red tendida, Y saca un pececillo. «Por tu vida, Exclamó el inocente prisionero, Dame la libertad: sólo la quiero, Mira que no te engaño, Porque ahora soy ruín; dentro de un año Sin duda lograrás el gran consuelo De pescarme más grande que mi abuelo. ¡Qué! ¿te burlas? ¿te ríes de mi llanto? Sólo por otro tanto A un hermanito mío Un Señor pescador lo tiró al río.» «¿Por otro tanto al río? ¡qué manía! Replicó el pescador: ¿pues no sabía Que el refrán castellano Dice: ¡Más vale pájaro en la mano...! A sartén te condeno; que mi panza No se llena jamás con la esperanza.»

FÁBULA X - El gorrión y la liebre

Un maldito Gorrión así decía
A una Liebre que una Águila oprimía:
«No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera,
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerque sus narices a tu rabo?
Pues empieza a correr, ¿qué te detiene?»
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro Gavilán y la arrebata.
El preso chilla, el prendedor lo mata;
Y la Liebre exclamó: «Bien merecido.

¿Quién te mandó insultar al afligido, Y a más, a más meterte a consejero, No sabiendo mirar por ti primero?»

FÁBULA XI - Júpiter y la tortugal

A las bodas de Júpiter estaban Todos los animales convidados: Unos y otros llegaban A la fiesta nupcial apresurados. No faltaba a tan grande concurrencia Ni aun la reptil y más lejana oruga, Cuando llega muy tarde y con paciencia, A paso perezoso, la Tortuga. Su tardanza reprende el dios airado, Y ella le respondió sencillamente: «Si es mi casita mi retiro amado, ¿Cómo podré dejarla prontamente?» Por tal disculpa Júpiter tonante, Olvidando el indulto de las fiestas, La ley del caracol le echó al instante, Que es andar con la casa siempre a cuestas. Gentes machuchas hay que hacen alarde De que aman su retiro con exceso; Pero a su obligación acuden tarde: Viven como el ratón dentro del queso.

FÁBULA XII - El charlatan

«Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes
O arroja de un tejado,
Y queda, a buen librar, descostillado,
Yo me reiré muy bien: importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito.»
Con esta relación un chacharero
Gana mucha opinión y más dinero;
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Más quiere a un Charlatán que a veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el día de hoy en toda ciencia,
Que ocupan, igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.

Prueba de esta verdad será un famoso Doctor en elocuencia, tan copioso En charlatanería, Que ofreció enseñaría A hablar discreto con fecundo pico, En diez años de término, a un borrico. Sábelo el Rey; lo llama, y al momento Le manda dé lecciones a un jumento; Pero bien entendido Que sería, cumpliendo lo ofrecido, Ricamente premiado; Mas cuando no, que moriría ahorcado. El doctor asegura nuevamente Sacar un orador asno elocuente. Dícele callandito un cortesano: «Escuche, buen hermano; Su frescura me espanta: A cáñamo me huele su garganta.» «No temáis, señor mío, Respondió el Charlatán, pues yo me río. ¿En diez años de plazo que tenemos, El Rey, el asno o yo no moriremos?»

Nadie encuentra embarazo En dar un largo plazo A importantes negocios; mas no advierte Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FÁBULA XIII - El milano y las palomas

A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguía en vano;
Mas él a todas horas
Servía de lacayo a estas señoras.
Un día, en fin, hambriento e ingenioso,
Así las dice: «¿Amáis vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luego,
A tenerla con sosiego,
Sin que de garra o pico tema agravio;
Pues tocante a la paz seré un Octavio.»
Las sencillas palomas consintieron;

) Q

Aclamándole por rey, «Viva, dijeron, Nuestro rey el Milano.»
Sin esperar a más, este tirano
Sobre un vasallo mísero se planta;
Déjalo con el viva en la garganta;
Y continuando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro días.

Quien al poder se acoja de un malvado Será, en vez de feliz, un desdichado.

FÁBULA XIV - Las dos ranas

Tenían dos Ranas Sus pastos vecinos, Una en un estanque, Otra en el camino. Cierto día a ésta Aquélla la dijo: «¡Es creíble, amiga, De tu mucho juicio, Que vivas contenta Entre los peligros, Donde te amenazan, Al paso preciso, Los pies y las ruedas Riesgos infinitos! Deja tal vivienda; Muda de destino; Sigue mi dictamen Y vente conmigo.» En tono de mofa, Haciendo mil mimos, Respondió a su amiga: «¡Excelente aviso! ¡A mí novedades! Vaya, ¡qué delirio! Eso sí que fuera Darme el diablo ruido. ¡Yo dejar la casa Que fue domicilio De padres, abuelos Y todos los míos, Sin que haya memoria

De haber sucedido

La menor desgracia
Desde luengos siglos!»
«Allá te compongas;
Mas ten entendido
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.»
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y a la triste Rana
Tortilla la hizo.

Por hombres de seso Muchos hay tenidos, Que a nuevas razones Cierran los oídos. Recibir consejos Es un desvarío; La rancia costumbre Suele ser su libro.

FÁBULA XV - El parto de los montes

Con varios ademanes horrorosos Los montes de parir dieron señales; Consintieron los hombres temerosos Ver nacer los abortos más fatales. Después que con bramidos espantosos Infundieron pavor a los mortales, Estos montes, que al mundo estremecieron, Un ratoncillo fue lo que parieron.

Hay autores que en voces misteriosas Estilo fanfarrón y campanudo Nos anuncian ideas portentosas; Pero suele a menudo Ser el gran parto de su pensamiento, Después de tanto ruido sólo viento.

FÁBULA XVI - Las ranas pidiendo rey

Sin Rey vivía, libre, independiente, El pueblo de las Ranas felizmente. La amable libertad sola reinaba

En la inmensa laguna que habitaba; Mas las Ranas al fin un Rey quisieron, A Júpiter excelso lo pidieron; Conoce el dios la súplica importuna, Y arroja un Rey de palo a la laguna: Debió de ser sin duda buen pedazo, Pues dio su majestad tan gran porrazo, Que el ruido atemoriza al reino todo; Cada cual se zambulle en agua o lodo, Y quedan en silencio tan profundo Cual si no hubiese ranas en el mundo. Una de ellas asoma la cabeza, Y viendo a la real pieza, Publica que el monarca es un zoquete. Congrégase la turba, y por juguete Lo desprecian, lo ensucian con el cieno, Y piden otro Rey, que aquél no es bueno. El padre de los dioses, irritado, Envía a un culebrón, que a diente airado Muerde, traga, castiga, Y a la mísera grey al punto obliga A recurrir al dios humildemente. «Padeced, les responde, eternamente; Que así castigo a aquel que no examina Si su solicitud será su ruina.»

FÁBULA XVII - El asno y el caballo

«¡Ah! ¡quién fuese Caballo! Un Asno melancólico decía; Entonces sí que nadie me vería Flaco, triste y fatal como me hallo. Tal vez un caballero Me mantendría ocioso y bien comido, Dándose su merced por muy servido Con corvetas y saltos de carnero. Trátanme ahora como vil y bajo; De risa sirve mi contraria suerte; Quien me apalea más, más se divierte, Y menos como cuando más trabajo. No es posible encontrar sobre la tierra Infeliz como yo.» Tal se juzgaba, Cuando al Caballo ve cómo pasaba, Con su jinete y armas, a la guerra. Entonces conoció su desatino,

Rióse de corvetas y regalos, Y dijo: «Que trabaje y lluevan palos, No me saquen los dioses de Pollino.»

FÁBULA XVIII - El cordero y el lobo

Uno de los corderos mamantones, Que para los glotones Se crían, sin salir jamás al prado, Estando en la cabaña muy cerrado, Vio por una rendija de la puerta Que el caballero Lobo estaba alerta, En silencio esperando astutamente Una calva ocasión de echarle el diente. Mas él, que bien seguro se miraba, Así lo provocaba: «Sepa usted, señor Lobo, que estoy preso, Porque sabe el pastor que soy travieso; Mas si él no fuese bobo, No habría ya en el mundo ningún Lobo. Pues yo corriendo libre por los cerros, Sin pastores ni perros, Con sólo mi pujanza y valentía Contigo y con tu raza acabaría.» «Adiós, exclamó el Lobo, mi esperanza De regalar a mi vacía panza. Cuando este miserable me provoca Es señal de que se halla de mi boca Tan libre como el cielo de ladrones.»

Así son los cobardes fanfarrones, Que se hacen en los puestos ventajosos Más valentones cuanto más medrosos.

FÁBULA XIX - Las cabras y los chivos

Desde antaño en el mundo Reina el vano deseo De parecer iguales A los grandes señores los plebeyos. Las Cabras alcanzaron Que Júpiter excelso Les diese barba larga

Para su autoridad y su respeto. Indignados los Chivos De que su privilegio Se extendiese a las Cabras, Lampiñas con razón en aquel tiempo, Sucedió la discordia Y los amargos celos A la paz octaviana Con que fue gobernado el barbón pueblo. Júpiter dijo entonces, Acudiendo al remedio: «¿Qué importa que las Cabras Disfruten un adorno propio vuestro Si es mayor ignominia De su vano deseo, Siempre que no igualaren En fuerzas y valor a vuestro cuerpo?»

El mérito aparente Es digno de desprecio; La virtud solamente Es del hombre el ornato verdadero.

FÁBULA XX - El caballo y el ciervo

Perseguía un Caballo vengativo A un Ciervo que le hizo leve ofensa; Mas hallaba segura la defensa En veloz carrera el fugitivo. El vengador, perdida la esperanza De alcanzarlo, y lograr así su intento, Al hombre le pidió su valimiento Para tomar del ofensor venganza. Consiente el hombre, y el Caballo airado Sale con su jinete a la campaña; Corre con dirección, sigue con maña, Y queda al fin del ofensor vengado. Muéstrase al bienhechor agradecido; Quiere marcharse libre de su peso; Mas desde entonces mismo quedó preso, Y eternamente al hombre sometido.

El Caballo que suelto y rozagante En el frondoso bosque y prado ameno Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujeción desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra;
Pasa tal vez la vida más amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

24

LIBRO TERCERO

FÁBULA PRIMERA - El águila y el cuervo

A Don Tomás de Iriarte

En mis versos, Iriarte, Ya no quiero más arte Que poner a los tuyos por modelo. A competir anhelo Con tu numen, que el sabio mundo admira, Si me prestas tu lira, Aquélla en que tocaron dulcemente Música y Poesia juntamente. Esto no puede ser: ordena Apolo Que, digno sólo tú, la pulses solo. ¿Y, por qué sólo tú? Pues cuando menos, ¿No he de hacer versos fáciles, amenos, Sin ambicioso ornato? ¿Gastas otro poético aparato? Si tú sobre el Parnaso te empinases, Y desde allí cantases: Risco tramonto de época altanera, «Góngora que te siga», te dijera; Pero si vas marchando por el llano, Cantándonos en verso castellano Cosas claras, sencillas, naturales, Y todas ellas tales, Que aun aquel que no entiende poesía Dice: Eso yo también me lo diría; ¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso Antes que tú trepar por el Parnaso? No imploras las sirenas ni las musas, Ni de númenes usas, Ni aun siquiera confias en Apolo. A la naturaleza imploras solo, Y ella, sabia, te dicta sus verdades. Yo te imito: no invoco a las deidades, Y por mejor consejo, Sea mi sacro numen cierto viejo, Esopo digo. Díctame, machucho,

Una de tus patrañas; que te escucho.

Una Águila rapante, Con vista perspicaz, rápido vuelo, Descendiendo veloz de junto al cielo, Arrebató un cordero en un instante. Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero En el vellón sus uñas hacen presa; Queda enredado entre la lana espesa, Como pájaro en liga prisionero. Hacen de él los pastores vil juguete, Para castigo de su intento necio. Bien merece la burla y el desprecio El Cuervo que a ser Águila se mete. El viejo me ha dictado esta patraña, y astutamente así me desengaña. Esa facilidad, esa destreza, Con que arrebató el Águila su pieza, Fue la que engañó al Cuervo, pues creía Que otro tanto a lo menos él haría. Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento. ¡Ojalá que sirviese a más de ciento, Poetas de mal gusto inficionados, Y dijesen, cual yo, desengañados: «El Águila eres tú, divino Iriarte; Ya no pretendo más sino admirarte: Sea tuyo el laurel, tuya la gloria, Y no sea yo el cuervo de la historia!»

FÁBULA II - Los animales con peste

En los montes, los valles y collados, De animales poblados, Se introdujo la peste de tal modo, Que en un momento lo inficiona todo. Allí, donde su corte el León tenía, Mirando cada día Las cacerías, luchas y carreras De mansos brutos y de bestias fieras, Se veían los campos ya cubiertos De enfermos miserables y de muertos. «Mis amados hermanos, Exclamó el triste Rey, mis cortesanos, Ya véis que el justo cielo nos obliga A implorar su piedad, pues nos castiga Con tan horrenda plaga:

Tal vez se aplacará con que se le haga Sacrificio de aquel más delincuente, Y muera el pecador, no el inocente. Confiese todo el mundo su pecado. Yo, cruel, sanguinario, he devorado Inocentes corderos, Ya vacas, ya terneros, Y he sido, a fuerza de delito tanto, De la selva terror, del bosque espanto.» «Señor, dijo la Zorra, en todo eso No se halla más exceso Que el de vuestra bondad, pues que se digna De teñir en la sangre ruin, indigna, De los viles cornudos animales Los sacros dientes y las uñas reales.» Trató la corte al Rey de escrupuloso. Allí del Tigre, de la Onza y Oso Se oyeron confesiones De robos y de muertes a millones; Mas entre la grandeza, sin lisonja, Pasaron por escrúpulos de monja. El Asno, sin embargo, muy confuso Prorrumpió: «Yo me acuso Que al pasar por un trigo este verano, Yo hambriento y él lozano, Sin guarda ni testigo, Caí en la tentación: comí del trigo.» «¡Del trigo! jy un jumento! Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento!» Los cortesanos claman: «Éste, éste Irrita al cielo, que nos da la peste.» Pronuncia el Rey de muerte la sentencia. Y ejecutóla el Lobo a su presencia.

Te juzgarán virtuoso Si eres, aunque perverso, poderoso; Y aunque bueno, por malo detestable Cuando te miran pobre y miserable. Esto hallará en la corte quien la vea Y aún en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FÁBULA III - El milano enfermo

Un Milano, después de haber vivido Con la conciencia peor que un forajido, Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni a Galeno ni a Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moría.
A los dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entonces sacrificios
Por medio de su madre, que, afligida,
Rogaría sin duda por su vida.
Mas ésta le responde: «Desdichado,
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia,
Ni aun perdonaste a víctima sagrada,
En las aras divinas inmolada?»

Así queremos irritando al cielo Que en la tribulación nos dé consuelo.

FÁBULA IV - El león envejecidos

Al miserable estado De una cercana muerte reducido Estaba ya postrado Un viejo León, del tiempo consumido, Tanto más infeliz y lastimoso, Cuanto había vivido más dichoso. Los que cuando valiente Humildes le rendían vasallaje, Al verlo decadente, Acuden a tratarle con ultraje; Que como la experiencia nos enseña, De árbol caído todos hacen leña. Cebados a portea, Lo sitiaban sangrientos y feroces. El lobo le mordía, Tirábale el caballo fuertes coces, Luego le daba el toro una cornada, Después el jabalí su dentellada. Sufrió constantemente Estos insultos, pero reparando Que hasta el asno insolente Iba a ultrajarle, falleció clamando: «Esto es doble morir; no hay sufrimiento, Porque muero injuriado de un jumento.»

Si en su mudable vida Al hombre la fortuna ha derribado Con mísera caída Desde donde lo había ella encumbrado ¿Qué ventura en el mundo se promete Si aun de los viles llega a ser juguete?

FÁBULA V - La zorra y la gallina

Una Zorra, cazando, De corral en corral iba saltando; A favor de la noche, en una aldea Oye al gallo cantar: maldito sea. Agachada y sin ruido, A merced del olfato y del oído, Marcha, llega, y oliendo a un agujero, «Este es», dice, y se cuela al gallinero. Las aves se alborotan, menos una, Que estaba en cesta como niño en cuna, Enferma gravemente. Mirándola la Zorra astutamente, La pregunta: «¿Qué es eso, pobrecita? ¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita? Habla; ¿cómo la pasas, desdichada?» La enferma la responde apresurada: «Muy mal me va, señora, en este instante; Muy bien si usted se quita de delante.»

Cuántas veces se vende un enemigo, Como gato por liebre, por amigo; Al oír su fingido cumplimiento, Respondiérale yo para escarmiento: «Muy mal me va, señor, en este instante; Muy bien si usted se quita de delante.»

FÁBULA VI - La cierva y el león

Más ligera que el viento, Precipitada huía Una inocente Cierva, De un cazador seguida. En una oscura gruta, Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
Mas ¡ay! que un León sañudo,
Que allí mismo tenía
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dio con cruel fiereza
Fin sangriento a su vida.

Si al evitar los riesgos La razón no nos guía, Por huir de un tropiezo, Damos mortal caída.

FÁBULA VII - El león enamorado

Amaba un León a una zagala hermosa; Pidióla por esposa A su padre, pastor, urbanamente. El hombre, temeroso mas prudente, Le respondió: «Señor, en mi conciencia, Que la muchacha logra conveniencia; Pero la pobrecita, acostumbrada A no salir del prado y la majada, Entre la mansa oveja y el cordero, Recelará tal vez que seas fiero. No obstante, bien podremos, si consientes, Cortar tus uñas y limar tus dientes, Y así verá que tiene tu grandeza Cosas de majestad, no de fiereza.» Consiente el manso León enamorado, Y el buen hombre lo deja desarmado; Da luego su silbido: Llegan el Matalobos y Atrevido, Perros de su cabaña; de esta suerte Al indefenso León dieron la muerte. Un cuarto apostaré a que en este instante Dice, hablando del León, algún amante, Que de la misma muerte haría gala, Con tal que se la diese la zagala. Deja, Fabio, el amor, déjalo luego; Mas hablo en vano, porque, siempre ciego,

40

No ves el desengaño, Y así te entregas a tu propio daño.

FÁBULA VIII - Congreso de los ratones

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio, Que después de las aguas del diluvio Fue padre universal de todo gato, Ha sido Miauragato Quien más sangrientamente Persiguió a la infeliz ratona gente. Lo cierto es que, obligada De su persecución la desdichada, En Ratópolis tuvo su congreso. Propuso el elocuente Roequeso Echarle un cascabel, y de esa suerte Al ruido escaparían de la muerte. El proyecto aprobaron uno a uno, ¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno. «Yo soy corto de vista. Yo muy viejo. Yo gotoso», decían. El concejo Se acabó como muchos en el mundo. Proponen un proyecto sin segundo: Lo aprueban: hacen otro. ¡Qué portento! Pero ¿la ejecución? Ahí está el cuento.

FÁBULA IX - El lobo y la oveja

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dio en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fue de sus enemigos cruelmente;
Quedó con vida milagrosamente,
Mas inválido, al fin, y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia;
El hambre al mismo tiempo le afligía;
Pero como cazar aún no podía,
Con las yerbas hacía penitencia.
Una Oveja pasaba, y él la dice:
«Amiga, ven acá, llega al momento;
Enfermo estoy y muero de sediento:

Socorre con el agua a este infelice.»
«¿Agua quieres que yo vaya a llevarte?
Le responde la Oveja recelosa;
Dime pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme después como a un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.»
Así dijo, y se fue; si no, la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!

FÁBULA X - El hombre y la pulga

«Oye, Júpiter sumo, mis querellas, Y haz, disparando rayos y centellas, Que muera este animal vil y tirano, Plaga fatal para el linaje humano; Y si vos no lo hacéis, Hércules sea Quien acabe con él y su ralea.» Este es un Hombre que a los dioses clama, Porque una Pulga le picó en la cama; Y es justo, ya que el pobre se fatiga, Que de Júpiter y Hércules consiga, De éste, que viva despulgando sayos; De aquél, matando pulgas con sus rayos. Tenemos en el cielo los mortales Recurso en las desdichas y en los males, Mas se suele abusar frecuentemente Por lograr un antojo impertinente.

FÁBULA XI - El cuervo y la serpiente

Pilló el Cuervo dormida a la Serpiente, Y al quererse cebar en ella hambriento, Le mordió venenosa. Sepa el cuento Quien sigue a su apetito incautamente.

42

FÁBULA XII - El asno y las ranas

Muy cargado de leña un burro viejo, Triste armazón de huesos y pellejo, Pensativo, según lo cabizbajo, Caminaba llevando con trabajo Su débil fuerza la pesada carga. El paso tardo, la carrera larga, Todo, al fin, contra el mísero se empeña, El camino, los años y la leña. Entra en una laguna el desdichado, Queda profundamente empantanado. Viéndose de aquel modo Cubierto de agua y lodo, Trocando lo sufrido en impaciente, Contra el destino dijo neciamente Expresiones ajenas de sus canas; Mas las vecinas Ranas, Al oír sus lamentos y quejidos, Las unas se tapaban los oídos, Las otras, que prudentes le escuchaban, Reprendíanle así y aconsejaban: «Aprenda el mal jumento A tener sufrimiento; Que entre las que habitamos la laguna Ha de encontrar lección muy oportuna. Por Júpiter estamos condenadas A vivir sin remedio encenagadas En agua detenida, lodo espeso, Y a más de todo eso, Aquí perpetuamente nos encierra, Sin esperanza de correr la tierra, Cruzar el anchuroso mar profundo, Ni aun saber lo que pasa por el mundo. Mas llevamos a bien nuestro destino; Y así nos premia Júpiter divino, Repartiendo entre todas cada día La salud, el sustento y alegría.»

Es de suma importancia Tener en los trabajos tolerancia; Pues la impaciencia en la contraria suerte Es un mal más amargo que la muerte.

FÁBULA XIII - El asno y el perro

Un Perro y un Borrico caminaban, Sirviendo a un mismo dueño; Rendido éste del sueño, Se tendió sobre el prado que pasaban. El Borrico entretanto aprovechado Descansa y pace; mas el Perro, hambriento, «Bájate, le decía, buen jumento; Pillaré de la alforja algún bocado.» El Asno se le aparta como en chanza; El Perro sigue al lado del Borrico, Levantando las manos y el hocico, Como perro de ciego cuando danza. «No seas bobo, el Asno le decía; Espera a que nuestro amo se despierte, Y será de esta suerte El hambre más, mejor la compañía.» Desde el bosque entre tanto sale un lobo: Pide el Asno favor al compañero; En lugar de ladrar, el marrullero Con fisga respondió: «No seas bobo; Espera a que nuestro amo se despierte; Que pues me aconsejaste la paciencia, Yo la sabré tener en mi conciencia, Al ver al lobo que te da la muerte.»

El Pollino murió, no hay que dudarlo; Mas si resucitara Corriendo el mundo a todos predicara: Prestad auxilio si queréis hallarlo.

FÁBULA XIV - El león y el asno cazando

Su majestad leonesa en compañía De un Borrico se sale a montería. En la parte al intento acomodada, Formando el mismo León una enramada, Mandó al Asno que en ella se ocultase Y que de tiempo en tiempo rebuznase, Como trompa de caza en el ojeo. Logró el Rey su deseo, Pues apenas se vio bien apostado, Cuando al son del rebuzno destemplado, Que los montes y valles repetían,

44

A su selvoso albergue se volvían
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente,
Y en su cobarde huida,
En las garras del León pierden la vida.
Cuando el Asno se halló con los despojos
De devoradas fieras a sus ojos,
Dijo: «Pardiez, si llego más temprano,
A ningún muerto dejo hueso sano.»
A tal fanfarronada
Soltó el Rey una grande carcajada;
Y es que jamás convino
Hacer del andaluz al vizcaíno.

FÁBULA XV - El charlatán y el rústico

«Lo que jamás se ha visto ni se ha oído Verán ustedes atención les pido.» Así decía un Charlatán famoso, Cercado de un concurso numeroso. En efecto, quedando todo el mundo En silencio profundo, Remedó a un cochinillo de tal modo, Que el auditorio todo, Creyendo que lo tiene y que lo tapa, Atumultuado grita: «Fuera capa.» Descubrióse, y al ver que nada había, Con víctores lo aclaman a porfía. «Pardiez, dijo un patán, que yo prometo Para mañana, hablando con respeto, Hacer el puerco más perfectamente; Si no, que me la claven en la frente.» Con risa prometió la concurrencia A burlarse del payo su asistencia; Llegó la hora, todos acudieron: No bien al Charlatán gruñir oyeron, Gentes a su favor preocupadas, «Viva», dicen, al son de las palmadas. Sube después el Rústico al tablado Con un bulto en la capa, y embozado Imita al Charlatán en la postura De fingir que un lechón tapar procura; Mas estaba la gracia en que era el bulto Un marranillo que tenía oculto. Tírale callandito de la oreja:

Gruñendo en tiple el animal se queja; Pero al creer que es remedo el tal gruñido, Aquí se oía un *fuera*, allí un silbido, Y todo el mundo queda En que es el otro quien mejor remeda. El Rústico descubre su marrano; Al público le enseña, y dice ufano: «¿Así juzgan ustedes?» ¡Oh preocupación, y cuánto puedes!

46

LIBRO CUARTO

FÁBULA PRIMERA - La mona corrida

El autor a sus versos

Fieras, aves y peces Corren, vuelan y nadan, Porque Júpiter sumo A general congreso a todos llama. Con sus hijos se acercan, Y es que un premio señala Para aquel cuya prole En hermosura lleve la ventaja. El alto regio trono La multitud cercaba, Cuando en la concurrencia Se sentía decir: la Mona falta. «Ya llega», dijo entonces Una habladora urraca, Que, como centinela, En la alta punta de un ciprés estaba. Entra rompiendo filas, Con su cachorro ufana, Y ante el excelso trono El premio pide de hermosura tanta. El dios Júpiter quiso, Al ver tan fea traza, Disimular la risa. Pero se le soltó la carcajada. Armóse en el concurso Tal burla y algazara, Que corrida la Mona, A Tetuán se volvió desengañada.

¿Es creíble, señores, Que yo mismo pensara En consagrar a Apolo Mis versos, como dignos de su gracia? Cuando, por mi fortuna, Me encontré esta mañana, Continuando mi obrilla, Este cuento moral, esta patraña, Yo dije a mi capote: ¡Con qué chiste, qué gracia Y qué vivos colores El jorobado Esopo me retrata! Mas ya mis producciones Miro con desconfianza, Porque aprendo en la Mona Cuánto el ciego amor propio nos engaña.

FÁBULA II - El asno y Júpiter

«No sé cómo hay jumento Que, teniendo un adarme de talento, Quiera meterse a burro de hortelano. Llevo a la plaza desde muy temprano Cada día cien cargas de verdura, Vuelvo con otras tantas de basura, Y para minorar mi pesadumbre, Un criado me azota por costumbre. Mi vida es ésta; ¿qué será mi muerte, Como no mude Júpiter mi suerte?» Un Asno de este modo se quejaba. El dios, que sus lamentos escuchaba, Al dominio le entrega de un tejero. «Esta vida, decía, no la guiero: Del peso de las tejas oprimido, Bien azotado, pero mal comido, A Júpiter me voy con el empeño De lograr nuevo dueño.» Envióle a un curtidor; entonces dice: «Aun con este amo soy más infelice. Cargado de pellejos de difunto Me hace correr sin sosegar un punto, Para matarme sin llegar a viejo, Y curtir al instante mi pellejo.» Júpiter, por no oír tan largas quejas, Se tapó lindamente las orejas, Y a nadie escucha, desde el tal pollino, Si le hablan de mudanza de destino.

Sólo en verso se encuentran los dichosos, Que viven ni envidiados ni envidiosos. La espada por feliz tiene al arado, Como el remo a la pluma y al cayado; Mas se tiene por míseros en suma Remo, espada, cayado, esteva y pluma. Pues ¿a qué estado el hombre llama bueno? Al propio nunca; pero sí al ajeno.

FÁBULA III - El cazador y la perdiz

Una Perdiz en celo reclamada
Vino a ser en la red aprisionada.
Al Cazador la mísera decía:
«Si me das libertad, en este día
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo extenderé mi vuelo;
Juntaré a mis amigas en bandadas,
Que guiaré a tus redes, engañadas,
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.»
«¡Engañar y vender a tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?
Respondió el Cazador; pues no, señora;
Muere, y paga la pena de traidora.»

La Perdiz fue bien muerta; no es dudable. La traición, aun soñada, es detestable.

FÁBULA IV - El viejo y la muerte

Entre montes, por áspero camino, Tropezando con una y otra peña, Iba un Vejo cargado con su leña, maldiciendo su mísero destino. Al fin cayó, y viéndose de suerte Que apenas levantarse ya podía, Llamaba con colérica porfía Una, dos y tres veces a la Muerte. Armada de guadaña, en esqueleto, La Parca se le ofrece en aquel punto; Pero el Viejo, temiendo ser difunto, Lleno más de terror que de respeto, Trémulo la decía y balbuciente: «Yo ... señora... os llamé desesperado; Pero... «Acaba; ¿qué quieres, desdichado?» «Que me cargues la leña solamente.»

Tenga paciencia quien se cree infelice; Que aun en la situación más lamentable Es la vida del hombre siempre amable: El Viejo de la leña nos lo dice.

FÁBULA V - El enfermo y el médico

Un miserable Enfermo se moría,
Y el Médico importuno le decía:
«Usted se muere; yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano,
Si se hubiese acudido más temprano
Con el benigno clister detergente.»
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico, diciendo:
«Señor Galeno, su consejo alabo.
Al asno muerto la cebada al rabo.»

Todo varón prudente Aconseja en el tiempo conveniente; Que es hacer de la ciencia vano alarde Dar el consejo cuando llega tarde.

FÁBULA VI - La zorra y las uvas

Es voz común que a más del mediodía, En ayunas la Zorra iba cazando; Halla una parra, quédase mirando De la alta vid el fruto que pendía. Cansábala mil ansias y congojas No alcanzar a las uvas con la garra, Al mostrar a sus dientes la alta parra Negros racimos entre verdes hojas. Miró, saltó y anduvo en probaduras, Pero vio el imposible ya de fijo. Entonces fue cuando la Zorra dijo: «No las quiero comer. *No están maduras.*»

No por eso te muestres impaciente, Si te se frustra, Fabio, algún intento: Aplica bien el cuento, Y di: No están maduras, frescamente.

FÁBULA VII - La cierva y la viña

Huyendo de enemigos cazadores Una Cierva ligera; Siente ya fatigada en la carrera Más cercanos los perros y ojeadores. No viendo la infeliz algún seguro Y vecino paraje De gruta o de ramaje, Crece su timidez, crece su apuro. Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, Continúa la fuga presurosa; Halla al paso una Viña muy frondosa, Y en lo espeso se oculta con presteza. Cambia el susto y pesar en alegría, Viéndose a paz y a salvo en tan buen hora. Olvida el bien, y de su defensora Los frescos verdes pámpanos comía. Mas jay! que de esta suerte, Quitando ella las hojas de delante, Abrió puerta a la flecha penetrante, Y el listo Cazador la dio la muerte. Castigó con la pena merecida El justo cielo a la cierva ingrata. Mas ¿qué puede esperar el que maltrata Al mismo que le está dando la vida?

FÁBULA VIII - El asno cargado de reliquias

De reliquias cargado,
Un Asno recibía adoraciones,
Como si a él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo: «Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido a vos, señor Jumento,
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,

De la sagrada carga que sustentas.»

Cuando un hombre sin mérito estuviere En elevado empleo o gran riqueza, Y se ensoberbeciere Porque todos le bajan la cabeza, Para que su locura no prosiga Tema encontrar tal vez con quien le diga: «Señor jumento no se engría tanto; Que si besan la peana es por el santo.»

FÁBULA IX - Los dos machos

Dos Machos caminaban: el primero, Cargado de dinero, Mostrando su penacho envanecido, Iba marchando erguido Al son de los redondos cascabeles. El segundo, desnudo de oropeles, Con un pobre aparejo solamente, Alargando el pescuezo eternamente, Seguía de reata su jornada, Cargado de costales de cebada. Salen unos ladrones, y al instante Asieron de la rienda al arrogante; Él se defiende, ellos le maltratan, Y después que el dinero le arrebatan, Huyen, y dice entonces el segundo: «Si a estos riesgos exponen en el mundo Las riquezas, no quiero, a fe de Macho, Dinero, cascabeles ni penacho.»

FÁBULA X - El cazador y el perro

Mustafá, perro viejo,
Lebrel en montería ejercitado,
Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y a cuerno su pellejo,
Seguía a un jabalí sin esperanza
De poderle alcanzar; pero, no obstante,
Aguzándole su amo a cada instante,
A duras penas Mustafá le alcanza.
El cerdoso valiente

© RinconCastellano 1997 – 2011 www.rinconcastellano.com

No escuchaba recados a la oreja; Y así, su resistencia no le deja Cebar al Perro su cansado diente; Con airado colmillo le rechaza, Y bufando se marcha victorioso. El cazador, furioso, Reniega del Lebrel y de su raza. «Viejo estoy, le responde, ya lo veo; Mas di: ¿sin Mustafá cuándo tuvieras Las pieles y cabezas de las fieras En tu casa, de abrigo y de trofeo? Miras a lo que soy, no a lo que he sido. ¡Oh suerte desgraciada! Presente tienes mi vejez cansada, Y mis robustos años en olvido. Mas ¿para qué me mato, Si no he de conseguir cosa ninguna? Es ladrar a la luna El alegar servicios al ingrato»

FÁBULA XI - La tortuga y el águila

Una Tortuga a una Águila rogaba La enseñase a volar; así la hablaba: «Con sólo que me des cuatro lecciones, Ligera volaré por las regiones; Ya remontando el vuelo Por medio de los aires hasta el cielo, Veré cercano al sol y las estrellas, Y otras cien cosas bellas; Ya rápida bajando, De ciudad en ciudad iré pasando; Y de este fácil, delicioso modo, Lograré en pocos días verlo todo.» La Águila se rió del desatino; La aconseja que siga su destinó, Cazando torpemente con paciencia, Pues lo dispuso así la Providencia. Ella insiste en su antojo ciegamente. La reina de las aves prontamente La arrebata, la lleva por las nubes. «Mira, la dice, mira cómo subes.» Y al preguntarla, digo, «¿vas contenta?» Se la deja caer y se revienta.

Para que así escarmiente Quien desprecia el consejo del prudente.

FÁBULA XII - El león y el ratón

Estaba un Ratoncillo aprisionado En las garras de un León; el desdichado En la tal ratonera no fue preso Por ladrón de tocino ni de queso, Sino porque con otros molestaba Al León, que en su retiro descansaba. Pide perdón, llorando su insolencia; Al oír implorar la real clemencia, Responde el Rey en majestuoso tono, No dijera más Tito: «Te perdono.» Poco después cazando el León tropieza En una red oculta en la maleza; Quiere salir, mas queda prisionero, Atronando la selva ruge fiero. El libre ratoncillo, que lo siente, Corriendo llega, roe diligente Los nudos de la red de tal manera, Que al fin rompió los grillos de la fiera.

Conviene al poderoso Para los infelices ser piadoso; Tal vez se puede ver necesitado Del auxilio de aquel más desdichado.

FÁBULA XIII - Las liebres y las ranas

Asustadas las fiebres de un estruendo, Echaron a correr todas, diciendo:
«A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto»
Llegan a una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver a tanta Rana que, asustada,
A las aguas se arroja a su llegada,
«Hola, dijo una liebre, ¿conque, hay otras
Tan tímidas, que aún tiemblan de nosotras?
Pues suframos con ellas el destino.»
Conocieron sin más su desatino.

Así la suerte adversa es tolerable Comparada con otra miserable.

FÁBULA XIV - El gallo y el zorro

Un Gallo muy maduro, De edad provecta, duros espolones, Pacífico y seguro, Sobre un árbol oía las razones De un Zorro muy cortés y muy atento, Más elocuente cuanto más hambriento. «Hermano, le decía, Ya cesó entre nosotros una guerra, Que cruel repartía Sangre y plumas al viento y a la tierra; Baja; daré, para perpetuo sello, Mis amorosos brazos a tu cuello». «Amigo de mi alma, Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso, En deliciosa calma, Deja esta vez mi espíritu suspenso! Allá bajo, allá voy tierno y ansioso A gozar en tu seno mi reposo. Pero aguarda un instante, Porque vienen, ligeros como el viento Y ya están adelante, Dos correos que llegan al momento, De esta noticia portadores fieles, Y son, según la traza, dos lebreles.» «Adiós, adiós, amigo, Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado; Luego hablaré contigo Para finalizar este tratado.» El Gallo se quedó lleno de gloria, Cantando en esta letra su victoria:

Siempre trabaja en su daño El astuto engañador; A un engaño hay otro engaño A un pícaro otro mayor.

FÁBULA XV- El león y la cabra

Un señor León andaba, como un perro, Del valle al monte, de la selva al cerro, A caza, sin hallar pelo ni lana, Perdiendo la paciencia y la mañana. Por un risco escarpado Ve trepar una Cabra a lo encumbrado, De modo que parece que se empeña En hacer creer al León que se despeña. El pretender seguirla fuera en vano; El cazador entonces cortesano La dice: «Baja, baja, mi querida; No busques precipicios a tu vida: En el valle frondoso Pacerás a mi lado con reposó.» «¿Desde cuándo, señor, la real persona Cuida con tanto amor de la barbona? Esos halagos tiernos No son por bien, apostaré los cuernos.» Así le respondió la astuta Cabra, Y el León se fue sin replicar palabra. Lo paga la infeliz con el pellejo, Si toma sin examen el consejo.

FÁBULA XVI - La hacha y el mango

Un hombre que en el bosque se miraba
Con una Hacha sin Mango, suplicaba
A los árboles diesen la madera
Que más sólida fuera
Para hacerle uno fuerte y muy durable.
Al punto la arboleda innumerable
Le cedió el acebuche; y él, contento,
Perfeccionando luego su instrumento,
De rama en rama va cortando a gusto
Del alto roble el brazo más robusto.
Ya los árboles todos recorría,
Y mientras los mejores elegía,
Dijo la triste encina al fresno: «Amigo:
Infeliz del que ayuda a su enemigo»

FÁBULA XVII - La onza y los pastores

En una trampa una Onza inadvertida Dio mísera caída. Al verla sin defensa, Corrieron a la ofensa Los vecinos Pastores, No valerosos, pero sí traidores. Cada cual por su lado La maltrataba airado, Hasta dejar sus fuerzas desmayadas, Unos a palos, otros a pedradas. Al fin la abandonaron por perdida; Pero viéndola dar muestras de vida, Cierto Pastor, dolido de su suerte, Por evitar su muerte, La arrojó la mitad de su alimento, Con que pudiese recobrar aliento. Llega la noche, témplase la saña; Marchan a descansar a la cabaña Todos, con esperanza muy fundada De hallarla muerta por la madrugada; Mas la fiera entre tanto, Volviendo poco a poco del quebranto, Toma nuevo valor y fuerza nueva; Salta, deja la trampa, va a su cueva, Y al sentirse del todo reforzada, Sale si muy ligera, más airada. Ya destruye ganados, Ya deja los Pastores destrozados; Nada aplaca su cólera violenta, Todo lo tala, en todo se ensangrienta. El buen Pastor, por quien tal vez vivía, Lleno de horror, la vida le pedía. «No serás maltratado, Dijo la Onza, vive descuidado; Que yo sólo persigo a los traidores Que me ofendieron, no a mis bienhechores.»

Quien hace agravios tema la venganza; Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FÁBULA XVIII - El grajo vano

Con las plumas de un pavo Un Grajo se vistió; pomposo y bravo En medio de los pavos se pasea; La manada lo advierte, lo rodea: Todos le pican, burlan y lo envían, ¿Dónde, si ni los grajos le querían?

¿Cuánto ha que repetimos este cuento, Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FÁBULA XIX - El hombre y la comadreja

Así decía cierta Comadreja A un Hombre que la había aprisionado: «¿Por qué no me dejáis? ¿Os he yo dado Motivo de disgusto ni de queja? ¿No soy la que desvanes y rincones, Tu casa toda, cual si fuese mía, Cuidadosa registro noche y día, Para que vivas libre de ratones?» «¡Gran fineza por cierto! El Hombre respondió. Pues di, ladrona, Si tu glotonería no perdona Ni a ratón vivo ni a cochino muerto, Ni a cuanto guardan ruines despenseras, ¿Cómo he de creer que tu cuidado apura Por mi bien los ratones? ¡Qué locura! No tendría yo malas tragaderas. Morirás; y el astuto que pretenda Vender como fineza lo que ha hecho Sin mirar a más fin que a su provecho, Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.»

FÁBULA XX - Batalla de las comadrejas y de los ratones

Vencidos los ratones, Huían con presteza De una atroz enemiga Tropa de Comadrejas; Marchaban con desorden, Que cuando el miedo reina,

5 Q

Es la confusión sola El jefe que gobierna. Llegaron presurosos A sus angostas cuevas, Logrando los soldados Entrar a duras penas; Pero los capitanes, Que en las estrechas puertas Quedaron atascados Sin ninguna defensa, A causa de unos cuernos Puestos en las cabezas, Para ser de sus tropas vistos en la refriega, Fueron las desdichadas Víctimas de la guerra, Haciendo de sus cuerpos Pasto las Comadrejas.

¡Cuántas veces los hombres Distinciones anhelan, Y suelen ser la causa De sus desdichas ellas! Si Júpiter dispara Sus rayos a la tierra Antes que a las cabañas A los palacios y a las torres llegan.

FÁBULA XXI - El león y la rana

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un León horroroso
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva; oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atención y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldría
Aquella voz, que tanto más sonaba
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, joh qué sorpresa!
Que sale de un estanque a la mañana

La tal bestia feroz, y era una Rana.

Llamará la atención de mucha gente El charlatán con su manía loca; Mas ¿qué logra, si al fin verá el prudente Que no es sino una Rana, todo boca?

FÁBULA XXII - El ciervo y los bueyes

Con inminente riesgo de la vida un ciervo se escapó de una batida, Y en la quinta cercana de repente Se metió en el establo incautamente. Dícele un buey: «¿Ignoras, desdichado, Que aquí viven los hombres? ¡Ah cuitado! Detente, y hallarás tanto reposo Como perdiz en boca de raposo.» El Ciervo respondió: «Pero, no obstante, Dejadme descansar algún instante, Y en la ocasión primera Al bosque espeso emprendo mi carrera.» Oculto en el ramaje permanece; A la noche el boyero se aparece, Al ganado reparte su alimento, Nada divisa, sálese al momento. El mayoral y los criados entran, Y tampoco le encuentran. Libre de aquel apuro El ciervo se contaba por seguro; Pero el Buey, más anciano, Le dice: «¿Qué? ¿Te alegras tan temprano? Si el amo llega, lo perdiste todo; Yo le llamo cien-ojos por apodo: Mas chitón, que ya viene.» Entra Cien-ojos; todo lo previene; A los rústicos dice: «No hay consuelo; Las colleras tiradas por el suelo, Limpio el pesebre, pero muy de paso; El ramaje muy seco y más escaso. Señor mayoral, ¿es éste buen gobierno?» En esto mira al enramado cuerno Del triste Ciervo; grita, acuden todos Contra el pobre animal de varios modos, Y a la rústica usanza

. . . .

Se celebró la fiesta de matanza.

Esto quiere decir que el amo bueno No se debe fiar del ojo ajeno.

FÁBULA XXIII - Los navegantes

Lloraban unos tristes Pasajeros
Vendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena;
Mas el piloto estuvo muy sereno
Tanto en la tempestad como en bonanza,
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto a súbita mudanza.

FÁBULA XXIV - El torrente y el río

Despeñado un Torrente De un encumbrado cerro Caía en una peña, Y atronaba el recinto con su estruendo. Seguido de ladrones Un triste pasajero, Despreciando el ruido, Atravesó el raudal sin desaliento; Que es común en los hombres Poseídos del miedo, Para salvar la vida, Exponerla tal vez a mayor riesgo. Llegaron los bandidos, Practicaron lo mesmo Que antes el caminante, Y fueron en su alcance y seguimiento. Encontró el miserable De allí a muy poco trecho Un Río caudaloso, Que corría apacible y con silencio. Con tan buenas señales,

Y el próspero suceso Del raudal bullicioso, Determinó vadearle sin recelo; Mas apenas dio un paso Pagó su desacuerdo, Quedando sepultado En las aleves aguas sin remedio.

Temamos los peligros De designios secretos; Que el ruidoso aparato Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

FÁBULA XXV - El león, el lobo y la zorra

Trémulo y achacoso A fuerza de años un León estaba; Hizo venir los médicos, ansioso De ver si alguno de ellos le curaba. De todas las especies y regiones Profesores llegaban a millones. Todos conocen incurable el daño; Ninguno al Rey propone el desengaño; Cada cual sus remedios le procura, Como si la vejez tuviese cura. Un Lobo cortesano Con tono adulador y fin torcido Dijo a su Soberano: «H_e notado, Señor, que no ha asistido La Zorra como médico al congreso, Y pudiera esperarse buen suceso De su dictamen en tan grave asunto.» Quiso su Majestad que luego al punto Por la posta viniese; Llega, sube a palacio, y como viese Al Lobo, su enemigo, ya instruida De que él era autor de su venida, Que ella excusaba cautelosamente, Inclinándose al Rey profundamente, Dijo: «Quizá, Señor, no habrá faltado Quien haya mi tardanza acriminado; Mas será porque ignora Que vengo de cumplir un voto ahora, Que por vuestra salud tenía hecho; Y para más provecho,

En mi viaje traté gentes de ciencia Sobre vuestra dolencia. Convienen pues los grandes profesores En que no tenéis vicio en los humores, Y que sólo los años han dejado El calor natural algo apagado; Pero éste se recobra y vivifica Sin fastidio, sin drogas de botica, Con un remedio simple, liso y llano, Que vuestra majestad tiene en la mano. A un Lobo vivo arránquenle el pellejo, Y mandad que os le apliquen al instante, Y por más que estéis débil, flaco y viejo, Os sentiréis robusto y rozagante, Con apetito tal, que sin esfuerzo El mismo Lobo os servirá de almuerzo.» Convino el Rey, y entre el furor y el hierro Murió el infeliz Lobo como un perro.

Así viven y mueren cada día En su guerra interior los palaciegos Que con la emulación rabiosa ciegos Al degüello se tiran a porfía. Tomen esta lección muy oportuna: Lleguen a la privanza enhorabuena, Mas labren su fortuna Sin cimentarla en la desgracia ajena.

LIBRO QUINTO

FÁBULA PRIMERA - Los ratones y el gato

Marramaquiz, gran gato, De nariz roma, pero largo olfato, Se metió en una casa de Ratones. En uno de sus lóbregos rincones Puso su alojamiento; Por delante de sí, de ciento en ciento Les dejaba por gusto libre el paso, Como hace el bebedor, que mira al vaso; Y ensanchando así más sus tragaderas, Al fin los escogía como peras. Éste fue su ejercicio cotidiano; Pero tarde o temprano, Al fin ya los Ratones conocían Que por instantes se disminuían. Don Roepan, cacique el más prudente De la Ratona gente, Con los suyos formó pleno consejo, Y dijo así con natural despejo: «Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto, Que metidos nos tiene en llanto y luto, Habita el cuarto bajo, Sin que pueda subir ni aun con trabajo Hasta nuestra vivienda,, es evidente Que se atajará el daño solamente Con no bajar allá de modo alguno.» El medio pareció muy oportuno; Y fue tan observado, Que ya Marramaguiz, el muy taimado, Metido por el hambre en calzas prietas, Discurrió entre mil tretas La de colgarse por los pies de un palo, Haciendo el muerto: no era ardid malo; Pero don Roepan, luego que advierte Que su enemigo estaba de tal suerte, Asomando el hocico a su agujero, «Hola, dice, ¿qué es eso, caballero? ¿Estás muerto de burlas o de veras? Si es lo que yo recelo en vano esperas; Pues no nos contaremos ya seguros

Aun sabiendo de cierto

Gato relleno ya de pesos duros».

Que eras, a más de Gato muerto,

Si alguno llega con astuta maña, Y una vez nos engaña, Es cosa muy sabida Que puede algunas veces El huir de sus trazas y dobleces Valernos nada menos que la vida.

FÁBULA II - El asno y el lobo

Un Burro cojo vio que le seguía Un Lobo cazador, y no pudiendo Huir de su enemigo, le decía: «Amigo Lobo, yo me estoy muriendo; Me acaban por instantes los dolores De este maldito pie de que cojeo; Si yo no me valiese de herradores, No me vería así como me veo. Y pues fallezco, sé caritativo; Sácame con los dientes este clavo, Muera yo sin dolor tan excesivo, Y cómeme después de cabo a rabo.» «¡Oh! dijo el cazador con ironía, Contando con la presa ya en la mano, No solamente sé la anatomía, Sino que soy perfecto cirujano. El caso es para mí una patarata, La operación no más que de un momento; Alargue bien la pata, Y no se me acobarde, buen Jumento.» Con su estuche molar desenvainado El nuevo profesor llega al doliente; Mas éste le dispara de contado Una coz que le deja sin un diente. Escapa el cojo, pero el triste herido Llorando se quedó su desventura. «¡Ay infeliz de mí! bien merecido El pago tengo de mi gran locura. Yo siempre me llevé el mejor bocado En mi oficio de Lobo carnicero; Pues si puedo vivir tan regalado,

éA qué meterme ahora a curandero?»

54

Hablemos en razón: no tiene juicio Quien deja el propio por ajeno oficio.

FÁBULA III - El asno y el caballo

Iban, mas no sé adonde ciertamente, Un Caballo y un Asno juntamente; Este cargado, pero aquel sin carga. El grave peso, la carrera larga Causaron al Borrico tal fatiga, Que la necesidad misma le obliga A dar en tierra. «Amigo compañero, No puedo más, decía; yo me muero. Repartamos la carga, y será poca; Si no, se me va el alma por la boca.» Dice el otro: «Revienta enhorabuena: ¿Por eso he de sufrir la carga ajena? Gran bestia seré yo si tal hiciere. Miren y qué borrico se me muere.» Tan justamente se quejó el Jumento, Que expiró el infeliz en el momento. El Caballo conoce su pecado, Pues tuvo que llevar mal de su grado Los fardos y aparejos todo junto, Ítem más el pellejo del difunto.

Juan, alivia en sus penas al vecino; Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda; Si no lo hacéis así, temed sin duda Que seréis el Caballo y el Pollino.

FÁBULA IV - El labrador y la providencia

Un labrador cansado,
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,

Veía calabazas, Melones por los suelos esparcidos. «¿Por qué la Providencia, Decía entre sí mismo, Puso a la ruin bellota En elevado preeminente sitio? ¿Cuánto mejor sería Que, trocando el destino, Pendiesen de las ramas Calabazas, melones y pepinos?» Bien oportunamente, Al tiempo que esto dijo, Cayendo una bellota, Le pegó en las narices de improviso. «Pardiez, prorrumpió entonces El Labrador sencillo, Si lo que fue bellota, Algún gordo melón hubiera sido, Desde luego pudiera Tomar a buen partido En caso semejante Quedar desnarigado, pero vivo.»

Aquí la Providencia Manifestarle quiso Que supo a cada cosa Señalar sabiamente su destino. A mayor bien del hombre Todo está repartido: Preso el pez en su concha, Y libre por el aire el pajarillo.

FÁBULA V - El asno vestido de león

Un Asno disfrazado Con una grande piel de León andaba; Por su temible aspecto casi estaba Desierto el bosque, solitario el prado. Pero quiso el destino Que le llegase a ver desde el molino La punta de una oreja el molinero. Armado entonces de un garrote fiero, Dale de palos, llévalo a su casa. Divúlgase al contorno lo que pasa;

Llegan todos a ver en el instante Al que habían temido León reinante; Y haciendo mofa de su idea necia, Quien más le respetó, más le desprecia.

Desde que oí del Asno contar esto Dos ochavos apuesto, Si es que Pedro Fernández no se deja De andar con el disfraz del caballero, A vueltas del vestido y el sombrero, Que le han de ver la punta de la oreja.

FÁBULA VI - La gallina de los huevos de oro

Érase una Gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla, abrióla el vientre de contado;
Pero, después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que muerta la Gallina,
Perdió su huevo de oro y no halló mina.

iCuántos hay que teniendo lo bastante Enriquecerse quieren al instante, Abrazando proyectos A veces de tan rápidos efectos Que sólo en pocos meses, Cuando se contemplaban ya marqueses, Contando sus millones Se vieron en la calle sin calzones.

FÁBULA VII - Los cangrejos

Los más autorizados, los más viejos De todos los Cangrejos Una gran asamblea celebraron. Entre los graves puntos que trataron, A propuesta de un docto presidente, Como resolución la más urgente Tomaron la que sigue: «Pues que al mundo

Estamos dando ejemplo sin segundo, El más vil y grosero En andar hacia atrás como el soguero; Siendo cierto también que los ancianos, Duros de pies y manos, Causándonos los años pesadumbre, No podemos vencer nuestra costumbre; Toda madre desde este mismo instante Ha de enseñar andar hacia delante A sus hijos; y dure la enseñanza Hasta quitar del mundo tal usanza.» «Garras a la obra», dicen las maestras, Que se creían diestras; Y sin dejar ninguno, Ordenan a sus hijos uno a uno Que muevan sus patitas blandamente Hacia adelante sucesivamente. Pasito a paso, al modo que podían, Ellos obedecían; Pero al ver a sus madres que marchaban Al revés de lo que ellas enseñaban, Olvidando los nuevos documentos, Imitaban sus pasos, más contentos. Repetían sus madres sus lecciones, Mas no bastaban teóricas razones; Porque obraba en los jóvenes Cangrejos Sólo un ejemplo más que mil consejos. Cada maestra se aflige y desconsuela, No pudiendo hacer práctica su escuela; De modo que en efecto Abandonaron todas el proyecto. Los magistrados saben el suceso, Y en su pleno congreso La nueva ley al punto derogaron, Porque se aseguraron De que en vano intentaban la reforma, Cuando ellos no sabían ser la norma.

Y es así, que la fuerza de las leyes Suele ser el ejemplo de los reyes.

FÁBULA VIII - Las rallas sedientas

Dos Ranas que vivían juntamente, En un verano ardiente Se quedaron en seco en su laguna. Saltando aquí y allí, llegó la una A la orilla de un pozo. Llena entonces de gozo, Gritó a su compañera: «Ven y salta ligera.» Llegó, y estando entrambas a la orilla, Notando como grande maravilla, Entre los agotados juncos y heno, El fresco pozo casi de agua lleno, Prorrumpió la primera: «¿A qué esperamos, Que no nos arrojamos Al agua, que apacible nos convida?» La segunda responde: «Inadvertida, Yo tengo igual deseo, Pero pienso y preveo Que, aunque es fácil al pozo nuestra entrada, La agua, con los calores exhalada, Según vaya faltando, Nos irá dulcemente sepultando, Y al tiempo que salir solicitemos, En la Estigia laguna nos veremos.»

Por consultar al gusto solamente Entra en la nasa el pez incautamente, El pájaro sencillo en la red queda, Y ten qué lazos el hombre no se enreda?

FÁBULA IX - El cuervo y el zorro

En la rama de un árbol, Bien ufano y contento, Con un queso en el pico, Estaba el señor Cuervo. Del olor atraído Un Zorro muy maestro, Le dijo estas palabras, A poco más o menos: «Tenga usted buenos días, Señor Cuervo, mi dueño; Vaya que estáis donoso, Mono, lindo en extremo;

Yo no gasto lisonjas, Y digo lo que siento; Que si a tu bella traza Corresponde el gorjeo, Juro a la diosa Ceres, Siendo testigo el cielo, Que tú serás el fénix De sus vastos imperios.» Al oír un discurso Tan dulce y halagüeño, De vanidad llevado, Quiso cantar el Cuervo. Abrió su negro pico, Dejó caer el queso; El muy astuto Zorro, Después de haberle preso, Le dijo: «Señor bobo, Pues sin otro alimento, Quedáis con alabanzas Tan hinchado y repleto, Digerid las lisonjas Mientras yo como el queso.»

Quien oye aduladores, Nunca espere otro premio.

FÁBULA X - Un cojo y un picarón

A un buen Cojo un descortés Insultó atrevidamente; Oyólo pacientemente, Continuando su carrera, Cuando al son de la cojera Dijo el otro: «Una, dos, tres, Cojo es.» Oyólo el Cojo: aquí fue Donde el buen hombre perdió Los estribos, pues le dio Tanta cólera y tal ira, Que la muleta le tira, Quedándose, ya se ve, Sobre un pie. «Sólo el no poder correr, Para darte el escarmiento Dijo el Cojo, es lo que siento,

70

Que este mal no me atormenta; Porque al hombre sólo afrenta Lo que supo merecer, Padecer.»

FÁBULA XI - El carretero y Hércules

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña;
Él a nada se mueve ni se amaña,
Pero jura muy bien: gran Carretero.
A Hércules invocó; y el dios le dice:
«Aligera la carga; ceja un tanto;
Quita ahora ese canto;
¿Está?» «Sí, le responde, ya lo hice.»
«Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar.» De esta manera,
Arreando a la Mohina y la Roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.

Si haces lo que estuviere de tu parte Pide al cielo favor: ha de ayudarte.

FÁBULA XII - La zorra y el chivo

Una Zorra cazaba; Y al seguir a un gazapo, Entre aquí se escabulle, allí le atrapo, En un pozo cayó que al paso estaba. Cuando más la afligía su tristeza, Por no hallar la infeliz salida alguna, Vio asomarse al brocal, por su fortuna, Del Chivo padre la gentil cabeza. «¿Qué tal? dijo el barbón, ¿la agua es salada?» «Es tan dulce, tan fresca y deliciosa, Respondió la Raposa, Que en tal pozo estoy como encantada.» Al agua el Chivo se arrojó, sediento; Monta sobre él la Zorra de manera Que haciendo de sus cuernos escalera, Pilla el brocal y sale en el momento. Quedó el pobre atollado: cosa dura. Mas ¿quién podrá a la Zorra dar castigo,

Cuando el hombre, aun a costa de su amigo, Del peligro mayor salir procura?

FÁBULA XIII - El lobo, la zorra y el mono juez

Un Lobo se quejó criminalmente
De que una Zorra astuta lo robase.
El Mono juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente
Enterado, pronuncia la sentencia:
«No consta que te falte nada, Lobo;
Y tú, Raposa, tú tienes el robo.»
Dijo, y los despidió de su presencia.
Esta contradicción es cosa buena;
La dijo el docto Mono con malicia.
Al perverso su fama le condena
Aun cuando alguna vez pida justicia.

FÁBULA XIV

Los dos gallos

Habiendo a su rival vencido un Gallo, Quedó entre sus gallinas victorioso, Más grave, más pomposo Que el mismo gran Sultán en su serrallo. Desde un alto pregona vocinglero Su gran hazaña: el Gavilán lo advierte; Le pilla, le arrebata, y por su muerte, Quedó el rival señor del gallinero.

Consuele al abatido tal mudanza, Sirva también de ejemplo a los mortales Que se juzgan exentos de los males Cuando se ven en próspera bonanza.

FÁBULA XV - La mona y la zorra

En visita una Mona Con una Zorra estaba cierto día, Y así, ni más ni menos, la decía:

«Por mi fe, que tenéis bella persona, Gallardo talle, cara placentera, Airosa en el andar, como vos sola, Y a no ser tan disforme vuestra cola, Seríais en lo hermoso la primera. Escuchad un consejo, Que ha de ser a las dos muy importante Yo os la he de cortar, y lo restante Me lo acomodaré por zagalejo.» «Abrenuncio, la Zorra la responde: Es cosa para mí menos amarga Barrer el suelo con mi cola larga Que verla por pañal bien sé yo dónde.» Por ingenioso que el necesitado Sea para pedir al avariento, Este será de superior talento Para negarse a dar de lo sobrado.

FÁBULA XVI - La gata mujer

Zapaquilda la bella Era gata doncella, Muy recatada, no menos hermosa. Queríala su dueño por esposa, Si Venus consintiese, Y en mujer a la Gata convirtiese. De agradable manera Vino en ello la diosa placentera, Y ved a Zapaquilda en un instante Hecha moza gallarda, rozagante. Celébrase la boda; Estaba ya la sala nupcial toda De un lucido concurso coronada; La novia relamida, almidonada, Junto al novio, galán enamorado; Todo brillantemente preparado, Cuando guiso la diosa Que cerca de la esposa Pasase un ratoncillo de repente. Al punto que le ve, violentamente, A pesar del concurso y de su amante, Salta, corre tras él y échale el guante.

Aunque del valle humilde a la alta cumbre Inconstante nos mude la fortuna,

La propensión del natural es una En todo estado, y más con la costumbre.

FÁBULA XVII - La leona y el oso

Dentro de un bosque oscuro y silencioso, Con un rugir continuo y espantoso, Que en medio de la noche resonaba, Una Leona a las fieras inquietaba. Dícela un Oso: «Escúchame una cosa: ¿Qué tragedia horrorosa O qué sangrienta guerra, Qué rayos o qué plagas a la tierra Anuncia tu clamor desesperado, En el nombre de Júpiter airado?» «¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos. Yo, la más infeliz de los nacidos, ¿Cómo no moriré desesperada, Si me han robado el hijo, jay desdichada!» «¡Hola! ¿Con que, eso es todo? Pues si se lamentasen de ese modo Las madres de los muchos que devoras, Buena música hubiera a todas horas. Vaya, vaya, consuélate como ellas; No nos quiten el sueño tus querellas.»

A desdichas y males Vivimos condenados los mortales. A cada cual, no obstante, le parece Que de esta ley una excepción merece. Así nos conformamos con la pena, No cuando es propia, sí cuando es ajena.

FÁBULA XVIII - El lobo y el perro flaco

Distante de la aldea, Iba cazando un Perro Flaco, que parecía Un andante esqueleto. Cuando menos lo piensa Un Lobo le hizo preso. Aquí de sus clamores, De sus llantos y ruegos.

«Decidme, señor Lobo. ¿Qué queréis de mi cuerpo, Si no tiene otra cosa Que huesos y pellejo? Dentro de quince días Casa a su hija mi dueño, Y ha de haber para todos Arroz y gallo muerto. Dejadme ahora libre, Que pasado este tiempo, Podréis comerme a gusto, Lucio, gordo y relleno.» Quedaron convenidos; Y apenas se cumplieron Los días señalados, El Lobo buscó al Perro. Estábase en su casa Con otro compañero, Llamado Matalobos, Mastín de los más fieros. Salen a recibirle; Al punto que le vieron, Matalobos bajaba Con corbatín de hierro. No era el Lobo persona De tantos cumplimientos; Y así, por no gastarlos, Cedió de su derecho. Huía, y le llamaban; Mas él iba diciendo Con el rabo entre piernas: «Pies, ¿para qué os quiero?»

Hasta los niños saben Que es de mayor aprecio Un pájaro en la mano Que por el aire ciento.

FÁBULA XIX - La oveja y el ciervo

Un celemín de trigo Pidió a la Oveja el Ciervo, y la decía: «Si es que usted de mi paga desconfía, A presentar me obligo Un fiador desde luego, Que no dará lugar a tener queja.»
«Y ¿quién es éste?», preguntó la Oveja.
«Es un lobo abonado, llano y lego.»
«¡Un lobo! ya; mas hallo un embarazo:
Si no tenéis más fincas que él sus dientes,
Y tú los pies para escapar valientes,
¿A quién acudiré, cumplido el plazo?»

Si quién es el que pide y sus fiadores, Antes de dar prestado se examina, Será menor, sin otra medicina, La peste de los malos pagadores.

FÁBULA XX - La alforja

En una Alforja al hombro Llevo los vicios: Los ajenos delante, Detrás los míos. Esto hacen todos; Así ven los ajenos, Mas no los propios.

FÁBULA XXI - El asno infeliz

Yo conocí un Jumento
Que murió muy contento
Por creer, y no iba fuera de camino,
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun después de su muerte
Le persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles,
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado,
Al son de su pellejo baqueteado.

Quien por su mala estrella es infelice, Aun muerto lo será. Fedro lo dice.

FÁBULA XXII - El jabalí y la zorra

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Jabalí en el tronco de una encina.
La Zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: «Extraño el verte,
Siendo tú en paz señor de la bellota,
Cuando ningún contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.»
La fiera respondió: «Tenga entendido
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Así como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.»

FÁBULA XXIII - El perro y el cocodrilo

Bebiendo un Perro en el Nilo, Al mismo tiempo corría. «Bebe quieto», le decía Un taimado Cocodrilo. Díjole el Perro prudente: «Dañoso es beber y andar; Pero ¿es sano el aguardar A que me claves el diente?»

¡Oh qué docto Perro viejo! Yo venero su sentir En esto de no seguir Del enemigo el consejo.

FÁBULA XXIV - La comadreja y los ratones

Débil y flaca cierta Comadreja, No pudiendo ya más, de puro vieja, Ni cazaba ni hacía provisiones De abundantes Ratones, Como en tiempos pasados, Que elegía los tiernos, regalados, Para cubrir su mesa. Sólo de tarde en tarde hacía presa En tal cual que pasaba muy cercano, Gotoso, paralítico o anciano.

78

Obligada del hambre cierto día, Urdió el modo mejor con que saldría De aquella pobre situación hambrienta, Pues la necesidad todo lo inventa. Esta vieja taimada Métese entre la harina amontonada. Alerta y con cautela, Cual suele en la garita el centinela, Espera ansiosa su feliz momento Para la ejecución del pensamiento. Llega el Ratón sin conocer su ruina Y mete el hociquillo entre la harina; Entonces ella le echa de repente La garra al cuello, y al hocico el diente. Con este nuevo ardid tan oportuno Se los iba embuchando de uno en uno, Y a merced de discurso tan extraño, Logró sacar su tripa de mal año.

Es feliz un ingenio interesante: Él nos ayuda, si el poder nos deja; Y al ver lo que pasó a la Comadreja, ¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

FÁBULA XXV - El lobo y el perro

En busca de alimento Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento. Encontró con un Perro tan relleno, Tan lucio, sano y bueno, Que le dijo: «Yo extraño Que estés de tan buen año Como se deja ver por tu semblante, Cuando a mí, más pujante, Más osado y sagaz, mi triste suerte Me tiene hecho retrato de la muerte.» El Perro respondió: «Sin duda alguna Lograrás si tú quieres, mi fortuna. Deja el bosque y el prado; Retírate a poblado; Servirás de portero A un rico caballero, Sin otro afán ni más ocupaciones Que defender la casa de ladrones.»

«Acepto desde luego tu partido, Que para mucho más estoy curtido. Así me libraré de la fatiga, A que el hambre me obliga, De andar por montes sendereando peñas, Trepando riscos y rompiendo breñas, Sufriendo de los tiempos los rigores, Lluvias, nieves, escarchas y calores.» A paso diligente Marchaban juntos amigablemente, Varios puntos tratando en confianza, Pertenecientes a llenar la panza. En esto el Lobo, por algún recelo Que comenzó a turbarle su consuelo, Mirando el Perro, dijo: «He reparado Que tienes el pescuezo algo pelado. Dime: ¿Qué es eso?» «Nada.» «Dímelo, por tu vida, camarada.» «No es más que la señal de la cadena; Pero no me da pena, Pues aunque por inquieto A ella estoy sujeto, Me sueltan cuando comen mis señores, Recíbenme a sus pies con mil amores; Ya me tiran el pan, ya la tajada, Y todo aquello que les desagrada; Éste lo mal asado, Aguel un hueso descamado; Y aun un glotón, que todo se lo traga, A lo menos me halaga, Pasándome la mano por el lomo; Yo meneo la cola, callo y como.» «Todo eso es bueno, yo te lo confieso, Pero por fin y postre tú estás preso: Jamás sales de casa, Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.» «Es así.» «Pues amigo, La amada libertad que yo consigo No he de trocarla de manera alguna Por tu abundante y próspera fortuna. Marcha, marcha a vivir encarcelado; No serás envidiado De quien pasea el campo libremente, Aunque tú comas tan glotonamente Pan, tajadas y huesos; porque al cabo,

No hay bocado en sazón para un esclavo.»

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

